

FRATERNITAS ROSICRUCIANA ANTIQUA (S.S.S.)

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Dr. Arnold Krumm Heller

Algunos argumentos de que el alma es mortal y sus refutaciones correspondientes, con las que se demuestra su inmortalidad:

1ª.- LA PRUEBA GENEALÓGICA: La doctrina de la transformación de las especies debida a Darwin y sus continuadores, como Haeckel y Spencer, aún cuando no puede decirse que haya descifrado de una manera absoluta el origen del hombre, sí ha establecido la verdad de que hay un encadenamiento progresivo a través de todo el reino animal y hasta de toda la naturaleza.

La teoría darwiniana se apoya en observaciones de carácter científico: el *Anthropus Alalus*, tiene un notable parecido al hombre. Los instintos naturales son casi idénticos al hombre, los de los animales, como el instinto de conservación, el genésico y el amor a la cría. Los animales transmiten a los hombres ciertas enfermedades y las observaciones histológicas comprueban en tal sentido la analogía del animal y el hombre. Lamarque también opina que el hombre es descendiente de una especie inferior, ya diferenciada. "Natura non facit saltus": de igual manera que entre el reino mineral y el vegetal donde las algas son el punto de unión y los corales lo son entre el vegetal y el animal, así también no hay solución ninguna entre los monos y la especie humana. Si los monos no tienen alma inmortal, tampoco el hombre la tiene, y los fenómenos cerebrales a los que se ha llamado alma en el hombre, no son sino el perfeccionamiento de los que en todo el reino animal van paulatinamente desarrollándose; pero no tiene en manera alguna carácter de inmortalidad.

REFUTACIÓN: La teoría de la transformación de las especies, no pasa aún de ser una teoría. Pero aparte de esto, debemos distinguir la parte física de los seres humanos de su parte moral, y es del todo diferente del instinto animal que vemos no progresar. Los animales son siempre iguales; con idéntica perfección ejecutaban sus labores las hormigas en tiempo de Aristóteles, que como lo hacen hoy.

Si llega a ser verdad la doctrina científica de la evolución de las especies, de ella podrá inferirse que el hombre físico desciende de otras especies animales; pero las diferencias esenciales de su alma con el alma animal y aún las diferencias de unos hombres respecto a otros, pues entre ellos hay idiotas y hay genios, cegados para el arte y sublimes artistas, nos prueban que en el hombre existe un alma inmortal, Ego divino, diverso por completo de nuestra parte física.

2ª.- LA PRUEBA FISIOLÓGICA: No es posible discutir este punto, el hombre es un animal, es un mamífero. La circulación sanguínea se verifica como en los animales superiores, y todas las funciones son idénticas, aún la cerebral. Nuestros sentidos, lejos de ser más agudos, son inferiores a los de varios animales. Como a ellos, nos producen los venenos los mismos efectos tóxicos; descansamos como ellos en el sueño, y como a ellos los nervios nos transmiten las impresiones del exterior y del cuerpo, al cerebro, en el que se elaboran las manifestaciones intelectuales. Los animales tienen inteligencia como la tiene el hombre, como resultado de un funcionamiento del cerebro, no como una identidad inmaterial, diferente del cuerpo. Somos unos mamíferos y vivimos en todo como los otros seres de la especie animal a la que pertenecemos. De alma inmortal no hay nada.

REFUTACIÓN: La diferencia esencial entre el animal y el hombre estriba en que éste puede desarrollar sus facultades hasta el extremo y el animal se queda estacionado. Los animales comen, beben y duermen siempre impulsados por el instinto ciego; muy al contrario, el hombre puede dominar aún las necesidades más apremiantes. Cuando se siente enfermo, por ejemplo, se sobrepone al hambre y solo sana según prescripción médica. Modifica sus trajes y sus habitaciones según sus gustos y necesidades; progresa en todo y hace patente la superioridad del intelecto, que no es fisiológico sino de un orden mucho más elevado, el orden del espíritu inmortal.

3ª.- LA PRUEBA FRENOLÓGICA: Uno de los estudios más curiosos es la frenología, que ha llegado a probar la estrecha relación que existe entre las llamadas facultades del alma y la capacidad y forma del cráneo y del cerebro. Mientras mayor es la masa de éste, mayor es también la capacidad intelectual, o sea al alma. Según el Dr. Bernard, que hizo minuciosas mediciones, la capacidad media del cráneo del europeo, es de 92,2 pulgadas cúbicas; de 87,5 la del americano; de 87,1 la del asiático, y de 81,9 la del australiano. Las frentes deprimidas son un signo inequívoco de estupidez; las elevadas lo son de intelectualidad bien definida. Se han comprobado las localizaciones de muchas de las facultades, como la del lenguaje, que residen en la tercera circunvolución frontal izquierda, de tal manera que una lesión en este punto priva al enfermo de poderse expresar. De igual manera, el desarrollo de las diversas partes del cerebro está supeditado a la forma de la cáscara ósea que contiene el cerebro. Cuando este contenido se acaba, con él se acaba el alma.

REFUTACIÓN: Aún no admite la ciencia todas las conclusiones de la frenología. Ha habido, por ejemplo, hombres muy sabios en los que todos los signos exteriores manifestaban precisamente lo contrario. Pero aún cuando admitiéramos todos los hechos que se han asentado, siempre tendremos que el cerebro es tan solo el órgano del alma, que se vale de él como el artista se vale de sus instrumentos y obtiene resultados o manifestaciones mas o menos perfectas, según la perfección del instrumento usado. El alma es lo que da la forma al cuerpo, y no al contrario. Pudiéramos decir, valga el ejemplo, que es el cuerpo el proscenio, el escenario del drama de la vida. Podrán variarse las

decoraciones. Los artistas y el drama permanecen los mismos. El alma es inmortal.

4ª.- LA PRUEBA HIPNOLOGICA: En la naturaleza no hay reposo absoluto, todo está en constante movimiento. Así también el hombre sigue esta ley fatal. Trabaja, anda y se cansa hasta caer rendido por el suelo, en el cual se restaura el equilibrio de la tensión nerviosa y su fuerza vital. Pero no es este un reposo absoluto: las funciones orgánicas que mantienen la vida no dejan de funcionar. Sin embargo, en el sueño, el hombre se asemeja del todo al animal: los miembros de su cuerpo se relajan y casi se nulifica el movimiento. Durante el sueño, duerme el alma en el cuerpo y podemos decir que no existimos conscientemente entonces. Es el sueño la imagen de la muerte, y la inmortalidad una quimera. El alma se anonada para siempre en el eterno sueño de la muerte.

REFUTACIÓN: Es un error creer que la conciencia, la intelectualidad, el alma, duermen durante el sueño. Si permanece obrando el principio vital, es también muy activa nuestra imaginación mientras dormimos. Nuestros ensueños lúcidos, en los que discurrimos, sentimos y queremos, demuestran que la mente trabaja, aunque tomando como base nuestros recuerdos o reminiscencias de lo que vemos durante la vigilia. En algunos estados especiales, como en el sueño hipnótico, son los ensueños mucho más vivaces, porque entonces el alma está más libre, pero una prueba más convincente aún es que las madres que duermen con sus hijos, si bien no se despiertan con ningún ruido extraño, el llanto más ligero, el menor movimiento del niño hacen que vuelvan en el acto del sueño a la vigilia, lo cual prueba sin duda que existe una conciencia viva y siempre alerta que les advierte cuando el querido reclama sus cuidados. En resumen, podemos afirmar que únicamente ciertas facultades se encuentran inactivas en el sueño, y que hasta esa inacción es incompleta. Vive el alma en el sueño y, por lo tanto, hasta hipnóticamente el alma es inmortal.

5ª.- LA PRUEBA PATOLÓGICA: "Mens sana in corpore sano" dice el adagio latino; por el contrario, en un cuerpo raquítico, decrepito o enfermo, solo puede existir un alma igual a él. Con la administración de algunas drogas, como el doral, la marihuana y otras, se perturban las funciones anímicas. Lo mismo pasa en las grandes crisis febriles o en las meningitis traumáticas, en las que el hombre llega al estado de coma o habla sin sentido. Ciertos defectos físicos o una serie de enfermedades graves, desconciertan y casi anulan las manifestaciones intelectuales, cuyo conjunto se ha denominado alma o espíritu. Estos hechos nos prueban que las enfermedades y defectos de los cuerpos son también del alma, y que cuando aquel muere, ésta también lo hace.

REFUTACIÓN: Ya hemos dicho que el alma tiene por órgano el sistema nervioso, que es su condición para manifestarse. Asentado este punto, se comprende muy bien que las enfermedades que afectan al cerebro, privan a nuestro espíritu del medio necesario para su acción armónica, de la misma manera que un

artesano se queda sin poder trabajar cuando sus herramientas se mellan o rompen, pero que una vez afiladas o recompuestas, vuelve el obrero a servirse de ellas con igual perfección. En idéntica forma, el alma humana, principio inmaterial, usa del cuerpo por intermedio del sistema nervioso, y cuando éste se altera, sus manifestaciones se perturban o cesan casi completamente, pero si el instrumento está al corriente, es su funcionamiento perfecto y regular. Queda pues demostrado que las enfermedades y los defectos físicos no afectan a nuestra alma y, por lo tanto, pueda ésta vivir eternamente aunque el cuerpo se acabe.

6ª.- LA PRUEBA PSIQUIÁTRICA: Aún sin manifestación exterior en el cuerpo, ni lesión interior en el cerebro, lo que se llama espíritu se turba muchas veces, o deja de existir. Las emociones rápidas, como las alegrías profundas y excesivas, o bien las grandes penas, producen la locura.

En el loco no hay inteligencia, la voluntad es vana y el sentimiento se ha desvanecido, olvida hasta sus padres, y no puede querer ni discurrir. En este cuerpo vivo, ha muerto el alma, y si en este estado no existe el alma, después de la muerte física con menos razón ha de existir.

REFUTACIÓN: La vesanía no es la enfermedad psíquica, sino que es un síntoma de un desarreglo orgánico que se traduce en la falta de acuerdo entre las funciones intelectuales. La locura es el signo que indica la desorganización neurótica, debida generalmente a la influencia de elementos morbosos en el cerebro. En estos casos, el campo de acción del alma se ve inundado de tales elementos, que le impiden obrar o trastornan sus manifestaciones.

El mecanismo del órgano central del sistema nervioso es susceptible de desarreglarse. Así pasa a menudo en un reloj, sin que por eso, una vez pasado el desperfecto, éste deje de marcar el tiempo. De igual manera, cuando la ciencia médica haya avanzado lo suficiente, podrá curar la mayor parte de las enfermedades cerebrales.

El alma, como elemento espiritual, obra en el cuerpo mientras lo encuentra apto para el servicio al que está destinado; pudiera compararse a la fuerza que impulsa la cuerda de un reloj; si éste se rompe, dejará de marchar el mecanismo, pero la fuerza sigue en él. Lo mismo el alma, tras la muerte del cuerpo, vive en la esfera de la eterna energía universal.

7ª.- LA PRUEBA EPICÚREA: El fin de nuestra vida es la alegría, los placeres, el goce. Gozar y más, es la tendencia que impulsa siempre al hombre. Goza y sufre también el animal, y aunque sea instintivamente, busca doquiera aquello que más placer le cause, pero tan sólo el hombre lucha por ensanchar la esfera de sus goces. Lo vemos en París, esa hermosa urbe que se afana por ser el centro del mismo placer refinado e intensivo. ¿Qué no hace el hombre por ensanchar el placer?

Pues bien, todos los goces, todos los placeres, el dolor mismo, viene de lo externo y sin ello no existen. Cuando el hombre recibe las impresiones dolorosas o plácidas que el exterior le causa, combina con la imaginación sus elementos, amortiguando cuanto más puede aquellas sensaciones dolorosas y ensanchando las placenteras para aumentar el placer y disminuir el dolor. Pero, en todos los casos, siempre son los sentidos del todo indispensables. ¿Puede existir sin los sentidos la embriaguez del placer? Es imposible, pues los amores místicos y los llamados goces intelectuales han tenido por base y origen la materia. De todo ello se infiere que si las penas y las alegrías son la esencia del alma, teniendo aquellas como condición de su existencia los sentidos físicos, muertos éstos, el alma ya no existe.

REFUTACIÓN: No son el fin de la vida los goces materiales. Las penas y los dolores suceden prontamente a los placeres y a las alegrías. Después de una noche de orgía, se impone la inacción y tras haber gozado de un placer material, surge en nosotros el deseo de entregarnos a la concentración espiritual. ¿Cuántas veces no vemos a los ricos, que disfrutan de todo, gozan de las mayores comodidades y se entregan a todos los placeres y, en cambio, no son dichosos? Por el contrario, ¿cuan feliz es el bohemio, aunque no posea nada y para quién las mismas privaciones son un motivo de interés y de sana alegría!

Un corazón noble, un alma pura, un espíritu ideal y generoso, son fuente inagotable de verdaderos goces. Los placeres mundanos son impuros y efímeros, mientras que los internos perduran y nos prueban que el alma es inmortal.

8ª.- LA PRUEBA QUÍMICA: Los átomos, o sea los elementos últimos de los cuerpos, se atraen los unos a los otros y forman las moléculas, que constituyen los varios cuerpos simples, con ciertos atributos que los diferencian. Estas sustancias simples, por la afinidad química, se mezclan o combinan en ciertas proporciones definidas, formando así compuestos que tienen propiedades diversas. Oxígeno e hidrógeno forman el agua. Combinados el azoe y el oxígeno forman el ácido nítrico, y el hidrógeno y el azoe forman el amoníaco. Tales combinaciones se multiplican luego y constituyen todos los cuerpos de la naturaleza: metales, ácidos, bases, sales, los compuestos orgánicos como los inorgánicos; luego se descomponen y forman otras mil combinaciones, para descomponerse nuevamente. Todo, pues, se transforma en el mundo de los seres vivientes, La ciencia moderna se inclina a considerar la vida como un proceso químico. El alma es el resultado de ese mismo proceso y cuando éste concluye, cesa el alma de existir.

REFUTACIÓN: Pudiéramos decir que la físico-química es la reina de las ciencias naturales, pero a pesar de ello, su estudio se concreta al mundo material. Si, además de esto admitimos que la biología se reduzca a la esfera de acción de aquella ciencia, tanto la una como la otra podrán investigar la parte material del hombre, en la cual habrán cambios químicos y biológicos que nos

afectan materialmente, pero que no afectan en nada nuestra parte espiritual. Ningún proceso químico puede alcanzar el alma. Si el cuerpo se disgrega, el alma es inmortal.

9ª.- LA PRUEBA MATERIALISTA: No hay Dios. Eso es un mito, producto del temor del hombre primitivo, o hipótesis fanática que inventaron teólogos timoratos. Todo lo que existe es la naturaleza. Sus leyes inmutables son la verdad eterna. Estas leyes armónicas existen de por sí. A ellas se sujeta cuanto existe, y si bien no podemos explicarnos todos los fenómenos que suceden en el universo, vemos que todos siguen un plan que no varía. Los arácnidos tienen ocho patas y los insectos seis. Nunca producirá trigo una manzana, ni un mono será padre de un conejo.

Si en la naturaleza todo acaba, todo perece y muere, ¿porqué, pues, pretendemos que el alma sea inmortal?

REFUTACIÓN: Sin llegar hasta el fondo del debate sobre si Dios existe como un ser exterior o independiente de la naturaleza, en ella misma vemos que todo se transforma, pero que nada se aniquila o muere. Por otra parte, el admirable plan del universo nos revela un principio inteligente, una causa sabia por excelencia, y cuya voluntad omnipotente se vale de las fuerzas naturales para obtener efectos prefijados. Si nada muere y todo se conserva, aunque cambie de forma, y si la voluntad que mueve al mundo siempre se manifiesta en su poder inmaterial y eterno, es lógico admitir que el alma humana, inmaterial y activa, sea también inmortal.

10ª.- LA PRUEBA SUFRA-NATURAL: Se ha afirmado que hay algo inexplicable en la naturaleza; que ese algo es sobrenatural, y que su causa es Dios. No es de admitirse que lo desconocido, por el hecho de serlo, sea superior a lo que conocemos. No hay nada por encima de la naturaleza. El hombre no hace al caso; pero, de cualquier modo, no podemos negar que eso inexplicable, superior, omnipresente, divino, nunca se manifiesta si no es unido a la materia, que es su condición imprescindible.

Por lo tanto, en el hombre, eso que se ha llamado espiritual, anímico o supra-natural, cuando el cuerpo se acaba, se acaba también.

REFUTACIÓN: Si se hace valer la diferencia entre lo conocido y lo que aún ignoramos, materialmente hablando, no por el hecho de ser desconocido, sino por que lo que es inexplicable, sólo puede entenderse si admitimos que sobre la materia está el espíritu, que la anima y fecunda, que el universo natural o tangible tiene por alma a Dios y que en el hombre hay un reflejo suyo, una chispa divina, que es su alma. Y siendo el universo animado por Dios, infinito e inmortal, el alma humana, que es como su imagen reducida, es inmortal como él.

11ª.- LA PRUEBA ACOSMICA: Según el panteísmo de Spinoza, solo existe una sustancia y esa es Dios. El Universo, el Cosmos,

no existen en realidad. Solo existe Dios. El alma, como todo, no es más que una ficción, una modalidad de lo absoluto. Conforme esa doctrina, no tiene el alma una existencia real, es solo imaginaria, y, por lo tanto, no podemos decir que sea inmortal.

REFUTACIÓN: Verdad que el panteísmo de Spinoza fue sostenido maravillosamente por el claro talento de su autor, pero en el argumento tal como se presenta, hay un sofisma fácil de refutar. Si Dios es todo, no quiere esto decir que nada exista, ni que sea una ficción; en todo caso, podríamos aceptar que el Cosmos y las almas sean modos o maneras de existencia, que sean las formas o accidentes del Ser Universal, y quizás llegaríamos igualmente a admitir que tales seres no existen de por sí, ni separados de la única sustancia. Pero tal aserto no probaría que fueran imaginarios. Muy al contrario, demuestran su existencia unida a la de Dios.

Así, diremos, no que todo sea Dios, sino que en todo hay algo de Dios mismo, y que es el alma, no una pura ficción o una quimera, sino un soplo divino e inmortal.

12^a.- LA PRUEBA GEOLÓGICA: De acuerdo con las creencias religiosas basadas en la Biblia, Dios creó el mundo en seis días, hace unos 6.000 años. En toda la Edad Media, ésta fue una verdad inatacable; pero las observaciones y los datos de la ciencia geológica han llegado a probar, al hacer el estudio de las diversas capas de la Tierra, que es mucho más antigua, y que han sido precisos, no millares, sino millones de años, para llegar al estado que hoy tiene.

No obstante ese transcurso tan enorme de tiempo, todo ha evolucionado, todo ha cambiado tan profundamente, si comparamos con las primitivas las condiciones actuales del planeta, que se puede afirmar que en él todo perece, todo muere. El hombre, por lo tanto, lo mismo en cuerpo que en alma, tendrá que perecer.

REFUTACIÓN: El Génesis de Moisés, no debe ser entendido al pie de la letra; todo en él es metafórico; sus días, por ejemplo, son periodos. Y si nos atenemos a la ciencia, tras de la formación, cambios y evoluciones que comprobamos según la Geología, debemos admitir que hay una fuerza que los ha producido. Esa energía cósmica, que ha creado y conserva los mundos, que los hace mover conforme a las leyes invariables y fijas, y que los puebla de diversos seres en número infinito, es una inteligencia, es una voluntad, es Dios, en suma, que ha hecho también el hombre y lo ha dotado de un alma que no muere, aunque perezca o cambie la materia.

CONCLUSIÓN

En este laberinto de argumentos que he presentado a la amable atención de mis lectores, sobresalen dos luces o dos faros; uno con la inscripción, "Mortalidad" y otro que dice todo lo contrario. Si entre las razones aducidas de un lado, se ha llegado

a admitir tácitamente la existencia del alma, ha sido solo como un principio de energía en el hombre y que perece con la muerte del cuerpo. Los otros argumentos la presentan como una entidad más elevada y que no tiene fin. Para salir del dédalo, debemos comparar unas con otras las diversas razones en su parte esencial. Yo solamente apuntaré para concluir, aquellas de más peso.

La humanidad, desde los tiempos más remotos y según las diversas religiones, ha aceptado que el alma es inmortal. La idea de un aniquilamiento, de un nihilismo absoluto, pugna con la razón y, por lo tanto, debemos admitir que algo persiste.

Para explicar los distintos fenómenos de todo el universo y su coordinación, si afirmamos que la materia es inerte, tenemos que admitir, por otra parte, que hay una inteligencia y una conciencia en todo lo que existe, desde el átomo al Cosmos. Hay, pues, una Conciencia Universal, hay una inteligencia que rige el universo y que lo anima. Dios existe y el alma es, a su imagen, un principio inmortal. No podemos aceptar que haya un Dios fuera de la Naturaleza, porque sería un absurdo la existencia de un infinito limitado; pero no es lo mismo si afirmamos que Dios existe en la Naturaleza.

La parte más esencial de este arduo debate sobre la inmortalidad o la mortalidad del alma, radica a nuestro juicio, en la diferente manera de mirar el asunto que tienen las escuelas antagónicas del espiritualismo y del materialismo; pues negando la segunda que existe algo diverso de la materia y afirmando que ésta es perecedera, mal pudiera admitir que haya un alma inmortal. Pero la distinción de los dos mundos, el del espíritu y el de la materia, se impone de tal modo, y son tan poderosas las razones que militan a favor de que existe algo muy diferente de la materia inerte, que triunfa la doctrina que asegura que el alma es de por sí, aunque durante la vida material se encuentra ligada íntimamente con el cuerpo, pues con la muerte de éste, hay solamente una separación, por medio de la cual recobra el alma su libertad, que tuvo antes de que estuviera unida al cuerpo físico. Otra de las razones más dignas de atención, es la de que los ideales prueban que el alma existe como entidad aparte. Los grandiosos ideales de verdad, de belleza, de virtud y de bondad, son tan excelsos, se elevan tanto sobre este bajo mundo de la materia que cambia y que perece, que nos vemos forzados a ver en ellos algo que no muere jamás, que hace del alma un ser inmaterial y perdurable.

Consideremos, por lo tanto, como una conclusión definitiva, que hay una vida tras la muerte del cuerpo, y que debemos prepararnos para ella. Y para esto nada más grande que los estudios Rosa Cruz.

Cuando trata uno de establecerse en un país lejano, lo lógico y lo cuerdo es pedir informaciones sobre la próxima residencia, si hay posibilidades, antes de establecerse definitivamente, de ir en un viaje corto, estudiar al medio y

preguntar a otros que están allí si será ello lo más conveniente.

Torpe falta de sentido común, sería encogerse de hombros, o decir: "¡A mí qué me importa lo que hay en aquel país donde tengo que emigrar!"; no pensando en ello más que a última hora, es decir, al arreglar las maletas.

El Rosa Cruz aprende en vida a trasladarse conscientemente al país de los muertos, se pone en relación personal con los seres que viven allí. Para él, el acto de la muerte no tiene sorpresa, ya está familiarizado por haber hecho muchas salidas astrales. He aquí la diferencia entre el Rosa Cruz, los Espiritistas y los Teósofos.

Los discípulos de Allan Kardec se valen de un telégrafo (médiu) o de cartas (escritura mediúmnica), para obtener esos informes y no pueden controlar jamás si el telegrafista les engaña o el que escribe les embauca.

No cabe duda de que hay comunicaciones buenas y perfectas, pero repito que es muy difícil controlarlo. El Teósofo, por su parte, pasa el tiempo leyendo obras muy interesantes y muy buenas sobre aquel lejano país, y hay algunos Besantinos que conocen al dedillo todo el estado de ultratumba técnicamente, pero en la práctica son peores que los primeros.

El Rosa Cruz es el único que valientemente traspasa el umbral del misterio. Sólo él tiene la clave para abrir la puerta del umbral y entrar en él sin el menor peligro, porque ya está preparado de antemano.

No quiero quitar mérito a los centros espiritas y lejos está de mi ánimo denigrar a los Teósofos. La asociación dirigida por Heindel me ha proporcionado mis mejores discípulos, pero no me cansaré de advertir a todos: No perdáis el tiempo con la teoría, venid conmigo a la práctica, y entonces veréis qué maravillas os esperan.

R+